



Presentación

A LA VIEJA USANZA DEL TRABAJO etnográfico, hace ya cincuenta años, Alberto Rivera Gutiérrez, autor de este libro, inició su recorrido por La Guajira. Colgó su hamaca en rancherías, convivió con los habitantes de esta esquina septentrional del continente americano y aprendió el wayuunaiki. Como él mismo lo señala, sus lazos con La Guajira y su gente son personales y profundos y, más que de consideraciones académicas, su conocimiento de los wayuu y mucho de sí mismo se nutren de esos afectos y compromisos.

Su primer acercamiento a La Guajira data de 1973, cuando hizo parte de un equipo de investigación del Instituto Geográfico Agustín Codazzi que viajó extensamente por el territorio étnico poniendo especial atención al uso que los wayuu daban a los recursos existentes. Posteriormente, en 1980, con una beca de la Fundación Interamericana, realizó la investigación para su tesis doctoral en La Guajira, que es la que se presenta en este libro. De 1982 a 1985, fungió como consultor y evaluador de proyectos de la organización indígena Yanama y, posteriormente, como consultor para asuntos de etnodesarrollo en la Gobernación de La Guajira. En 1984, con un equipo de filmación de la BBC documentó el impacto del proyecto carbonífero de El Cerrejón en la población wayuu. Entre 1980 y 1988 trabajó con el doctor Ramiro Uribe, director del Hospital de Nazareth, alta Guajira, evaluando opciones de salud, educación y asentamientos alternativos para la región.

La etnología y la etnografía del pueblo wayuu es prolífica. Viajeros, militares, antropólogos, arqueólogos, historiadores y muchos



otros científicos y no científicos, colombianos y extranjeros, wayuu y no wayuu, se han interesado en comprender el universo simbólico y material wayuu y sus relaciones históricas con el mundo. El trasegar del autor por La Guajira se dio en dos décadas cruciales para la transformación del territorio y del pueblo wayuu. Así lo confirman hechos como la creación del resguardo de la alta y media Guajira, promovido y sustentado conjuntamente por el autor y Guillermo Padilla, en ese entonces abogado de Asuntos Indígenas del Ministerio de Gobernación, y el desarrollo del proyecto carbonífero de El Cerrejón. Todo ello le imprime a este trabajo, realizado a comienzos de los años ochenta, un carácter único e invaluable y lo convierte en un material indispensable para el análisis comparativo de los cambios sufridos por los grupos étnicos en el país.

Y adquiere mayor relevancia hoy, en pleno siglo XXI, cuando las transformaciones se aceleran ante el cambio climático y la política de transición energética del país. El gobierno nacional y las empresas diseñan y pretenden disponer unilateralmente el aprovechamiento del viento, el gas y el petróleo que se encuentran en los resguardos indígenas de La Guajira que son propiedad colectiva, intransferible e inembargable de los wayuu. El gran desafío para el pueblo wayuu está en presentar un frente unido que negocie de manera justa los beneficios del uso de estos recursos y les permita recrear su identidad ancestral con nuevos relatos, nuevas metáforas y otra vida material.

En estos tiempos modernos, es particularmente difícil encontrar en la academia textos que le den prioridad a la descripción etnográfica sobre las pretensiones intelectuales de los autores y de la disciplina antropológica. Por el contrario, este libro, producto de un proceso maduro de investigación y reflexión que se apoya en un importante desarrollo conceptual, por medio de la metáfora permite comprender el papel que tiene el antropólogo en la interpretación de la realidad. Descripción de la vida material e interpretación de las metáforas y modelos wayuu se entrelazan para presentar lo que los wayuu hacen y dicen de sus vidas. El autor comenta y coteja descripción e interpretación de lo wayuu con las categorías y conceptos propios de la disciplina antropológica.

El texto propone una descripción de la vida wayuu en la que el orden económico y social adquiere sentido a través de las metáforas de la carne que crean vínculos de obligaciones y responsabilidades entre grupos de wayuu, fenómenos naturales constituidos por entidades como



El Lluvia (masculino: Juyakai) modelan las relaciones hombre-mujer o los intercambios que delimitan y afirman la pertenencia a grupos sociales. La vida material y el universo simbólico que la inspira les dan otro sentido a las nociones de producción, distribución y consumo en la sociedad. El objeto formal de este estudio es la descripción y análisis de la relación entre el entorno y los seres humanos y, específicamente, la relación entre las condiciones materiales en que se ganan su sustento los wayuu y su organización social.

Para lograr este propósito, el conocimiento local derivado de las conversaciones con la gente lugareña provee el significado de las actividades que sostiene su sociedad. Los modelos locales que definen la realidad son cotejados con los del etnógrafo para lograr una visión más rica y una perspectiva crítica de ambos. La visión lograda es en sí misma una definición. Tal vez su efectividad yace más en las representaciones del mundo wayuu y sus modelos locales que en los análisis o interpretaciones histórico-materialistas, estructurales o funcionales del etnógrafo.

El autor parte de que las explicaciones de la gente, como las de cualquier modelo, son definiciones parciales que limitan y dan sentido a la realidad cotidiana. Con los modelos locales, los “factores” de la producción se vuelven signos que iluminan tanto lo instrumental como lo significativo de la vida material. A través de ellos, el pastoreo tiene sentido cuando se muestra su relación con los pagos por mujer y su distribución en los velorios, y la lluvia, indispensable en el desierto para la vida, es entendida como una entidad por medio de la cual se reflexiona y se comenta sobre la gente wayuu y el mundo en que viven.

Además de sus virtudes como texto etnográfico de un momento específico de la historia wayuu, este trabajo les puede servir a las comunidades étnicas para visualizar los cambios que tienen sus comunidades por procesos internos y externos, y a los académicos y estudiantes para el abordaje de temas determinantes en las ciencias sociales: las migraciones, los trabajos agrícolas, las trashumancias, los intercambios y las prestaciones, las construcciones de las identidades y las deconstrucciones de las mismas, los sistemas de linajes, las transformaciones de la vida material de ayer y de hoy, etc.

Este esfuerzo editorial de los programas de Antropología de las Universidades Nacional de Colombia y Externado de Colombia es una invitación a otros programas del país para unirse en la creación de un fondo editorial conjunto en el que se publiquen con alguna regularidad textos como el propuesto, que permitan dar a conocer



trabajos de gran importancia para el mundo académico de las ciencias sociales y de la antropología en particular, en una apuesta por la circulación de conocimiento en común.

Ximena Pachón Castrillón
Universidad Nacional de Colombia

Claudia Cano Correa
Universidad Externado de Colombia



Prefacio a la edición en español

Los grupos humanos son definidos más por los cambios que experimentan que por cualquier continuidad, pero logran crear para sí una antigua identidad gracias a sus habilidades para contar historia.

YUVAL NOAH HARARI (2018)

*De la selva, el río y la canoa al desierto, los ganados y los caballos
De los arcos y las flechas a las cabalgaduras y las armas de fuego
De los migrantes con rebaños a los migrantes con bolígrafos
Del cuidador de la palabra a las redes sociales*

A COMIENZOS DE LA DÉCADA DE los ochenta viví dos años en Wüimpumün, alta Guajira. En ese entonces investigué sobre los cambios en la vida material y las metáforas sociales experimentados en los últimos cien años por los wayuu. Cien años que culminaban con el comienzo de los trabajos del proyecto carbonífero de El Cerrejón, que, para ese entonces, constituía la mayor intrusión en la historia del territorio wayuu. En ese contexto, la obra que está en sus manos es a la vez una instantánea y una secuencia que aborda las transformaciones en la vida material, en especial el pastoreo y los huertos, lo mismo que las transacciones y prestaciones dentro de la sociedad wayuu y las migraciones



laborales a Venezuela.¹ La secuencia histórica registrada resalta importantes cambios ocurridos en el siglo xx. Esto requiere de un complejo procedimiento de interpretación de los discursos y prácticas wayuu, las teorías y modelos occidentales y los procesos económicos, políticos y culturales, para generar un modelo local de la vida material de los wayuu en los años ochenta. Instantánea de los ochenta que puede y debe ser actualizada y contextualizada con la perspectiva que brindan los cambios constantes en la experiencia del pueblo wayuu.²

De la selva al desierto

Hace ocho siglos, los ancestros del pueblo wayuu fueron desplazados de la selva amazónica al desierto de La Guajira por pueblos de habla karib. Estos horticultores, recolectores y cazadores de la selva húmeda tropical migraron al norte hasta llegar al mar Caribe a un entorno semidesértico. Allí adaptaron sus vidas como cazadores, pescadores y recolectores. Con la llegada de los españoles a mediados del siglo xvi, los wayuu se hicieron al ganado y transformaron sus instituciones incorporando esta nueva fuente de sustento. En corto tiempo fueron conocidos como excelentes jinetes y avezados guerreros provistos de las armas obtenidas en el comercio con contrabandistas ingleses y holandeses.

En contraste con la mayoría de pueblos originarios de América, los wayuu dominaron la técnica militar de los españoles y, a pesar de que desde la conquista los invasores trataron de controlar la región para impedir el contrabando, durante la Colonia los wayuu exitosamente defendieron su independencia y su territorio, manteniendo a raya a los españoles. Inclusive, durante el siglo xviii hubo un “levantamiento general de la nación guagira” que en su momento tuvo “veinte mil indios de fusil y flecha” obligando a españoles y criollos de la Provincia de Padilla a buscar refugio en la población de Riohacha (Barrera, 1990). Durante el siglo xix, los wayuu mantuvieron el control militar sobre el territorio para consternación de los ganaderos de la región, a la vez que aseguraron el acceso de sus rebaños a las tierras de refugio en las estribaciones de la

-
- 1 Le doy especial reconocimiento a Alicia Dorado, magíster en Lingüística de la Universidad del Zulia, docente de la Universidad de La Guajira y de la Universidad del Norte, en Barranquilla, e investigadora del wayuunaiki. Su generosa disposición, gran humor y profundo conocimiento del idioma, me permitieron verificar interpretaciones y corregir la grafía del wayuunaiki en esta versión en español.
 - 2 Al texto original se le han agregado algunas referencias para mejorar su alcance y comprensión.



Sierra Nevada de Santa Marta y los montes de Oca, cuando había grandes sequías.

En los albores del siglo xx, con el desarrollo de la industria petrolera en Maracaibo, comenzó la migración de trabajadores wayuu a Zulia, migración que para mediados del siglo ya era una verdadera “hemorragia humana” que alteraba la estructura social wayuu y su vida material, como se describe en este libro, y que fortaleció los vínculos comerciales con Venezuela. Estos cambios incidieron y se vieron afectados por transformaciones en el paisaje y la cobertura vegetal de la península. La actividad del contrabando siguió involucrando a algunos wayuu que, con el surgimiento de Maikko’u (Maicao), se dedicaron a los licores y cigarrillos para posteriormente ampliarse a electrodomésticos. El principal puerto del contrabando era, y es, la bahía de Portete, y por allí, y por las pistas clandestinas para avionetas, salía la mariguana para el norte en los años setenta.



Potenciación del comercio ilícito y sus frutos

Sin embargo, mucho ha cambiado desde entonces, pues fue en la década de los ochenta cuando el comercio ilícito incrementó su atractivo y del negocio con la mariguana se pasó al de la cocaína. Con este llegaron más forasteros y se incrementó la violencia en la península. Coincidió este cambio con el desarrollo del proyecto carbonífero de El Cerrejón, que generó transformaciones de una escala nunca vista en La Guajira. En estas últimas cuatro décadas, la minería del carbón ha proporcionado abundantes regalías, aunque, a causa de la corrupción de los gobiernos municipales y departamentales, estas han traído limitado beneficio a los wayuu. En cambio, la minería del carbón sí ha afectado a las comunidades de la baja Guajira, al desviar las fuentes de agua del río Ranchería y sus afluentes para las operaciones de la mina. Y, más grave aún, ha sido el impacto de la descarga de aguas contaminadas con metales pesados y productos químicos en estas fuentes de agua.³ Al respecto, ya las autoridades colombianas, por medio de una resolución judicial, dispusieron “que la empresa había perjudicado la salud de los residentes de la reserva

3 Cabe mencionar que la extracción, el transporte y el uso del carbón en las centrales térmicas de generación de electricidad son una de las mayores fuentes de emisiones de CO₂, responsables del cambio climático, un asunto que afecta el futuro de nuestros hijos y nietos, una actividad de la cual dependen las finanzas del Gobierno, pero para la que, por el momento, no hay una plataforma multisectorial que defina la transición energética y la financiación de largo plazo para lograrla.





indígena de Provincial al contaminar el aire, el agua y la vegetación, así como por el ruido y las vibraciones de la minería” (Boyd, 2020). En este escenario, por supuesto, la pregunta obligada es cuál será la compensación, si es que llega a haberla.

Así mismo, la apertura de la carretera paralela a la vía del tren, que cruza desde Albania hasta Puerto Bolívar, facilitó enormemente el desplazamiento por el territorio ancestral. De hecho, redujo a menos de la mitad el tiempo para llegar a la alta Guajira y volvió accesible el cabo de la Vela para una incipiente actividad turística. El gobierno aprovechó esto para apoyar las posadas wayuu, lo que, por el momento, ha facilitado que sean los wayuu quienes controlan el turismo en esas tierras.

No obstante, el turismo se ha visto afectado por una nueva modalidad de violencia prevalente en la región: la de los paramilitares. Su llegada se remonta a la década de los noventa, cuando la actividad guerrillera llegó a la Sierra Nevada y la Provincia de Padilla. Los paramilitares no se hicieron esperar y el conflicto entre guerrillas y paramilitares por el control del tráfico de drogas se extendió al control del contrabando de gasolina traída de Venezuela. Esto dejó una cauda de víctimas inocentes y desplazó a los wayuu que manejaban esta última actividad. Al igual que en el siglo XVIII, cuando el cabo mestizo José Antonio Sierra apoyó a los españoles y murió en el enfrentamiento con los wayuu, en La Guajira del siglo XX hubo venganzas entre *e'irukuu*: matrilineajes localizados, cuando los paramilitares terminaron involucrados con mujeres wayuu y su actividad llevó a enfrentamientos entre *e'irukuu*.

De esta suerte, los wayuu no han podido sobreponerse a esta insidiosa injerencia *arijuna* (no wayuu) en las relaciones entre *e'irukuu* que han generado venganzas y muertes wayuu a partir de masacres, como las de bahía Portete, entre el 18 y el 20 de abril del 2004, con las que los paramilitares establecieron total control sobre el contrabando de drogas y armas en la península. Como lo describe el informe *La masacre de bahía Portete. Mujeres Wayuu en la mira*, “hubo allí un premeditado ejercicio de terror y subordinación violenta que ilustra crudamente los intereses, los recursos en disputa, las estrategias, y los repertorios de violencia utilizados por los paramilitares para relacionarse con la comunidad wayuu de esta zona” (GMH, 2010). Y es que esta masacre, como lo han señalado varios estudiosos, era parte de la gran estrategia de las fuerzas paramilitares en la península con el fin de controlar un territorio estratégico para el narcotráfico, el trasiego de armas y el contrabando, apoyándose en la fuerza pública y las instituciones del Estado, estableciendo alianzas con políticos locales, eligiendo



sus candidatos a los puestos públicos e invirtiendo en proyectos para construir bases sociales (Verdad Abierta, 2011).

Coincidentemente, dos semanas antes de la masacre, a poca distancia de este terrible escenario, Empresas Públicas de Medellín (EPM) inauguró oficialmente el primer parque eólico de la península: Jepírachi.⁴ Este parque aprovechó las lecciones aprendidas de los errores cometidos por Carbocol y la Exxon en el proyecto de El Cerrejón. Tras más de tres años de negociación y con la participación de las rancherías vecinas en el estudio de impacto ambiental, en los planes de manejo y en las medidas compensatorias, Jepírachi no implicó desplazamientos de población ni la afectación de cementerios, huertas o reservorios de agua, pues se ubicó en un lugar despoblado cerca de Puerto Bolívar, lo que facilitó el desembarco de los equipos y la línea de transmisión, además de reunir las condiciones técnicas apropiadas. Las rancherías vecinas gestionaron una planta desalinizadora, tanques para almacenamiento de agua, ampliación y dotación de una escuela, dotación del puesto de salud de Medialuna, entre otros. Sin embargo, la EPM no compartió la información técnica y financiera del proyecto y del negocio e incluyó figuras que opacaron los pagos por uso de la tierra, compensación ambiental y otros, negociando minucias a cambio de beneficios inenarrables, como “la cesión de territorio a término indefinido”⁵



-
- 4 Es inquietante que, dos meses antes, el presidente Álvaro Uribe Vélez visitó las posadas wayuu del cabo de la Vela y el parque eólico Jepírachi y dijo: “cuando veo esos molinos quiero que mis compatriotas vengán a disfrutar esos molinos, que los niños vengán a estudiarlos, que vengán a darse cuenta desde acá de todo el porvenir de la patria, pero necesitamos las posadas Wayuú en miles, para que los colombianos se vuelquen a hacer turismo a La Guajira. General Montoya y general Rocha: *el otro problemita lo arreglan ustedes*. Ese hay que arreglarlo del todo para que los colombianos se vuelquen tranquilamente a hacer turismo aquí” (2004; énfasis agregado). Valga la pena mencionar que el general Montoya se vio involucrado en asesinatos y desapariciones bajo su comandancia (Infobae, 2021).
- 5 La EPM “se inventó como una forma disimulada de pago de arriendo el pago por ‘tránsito e infraestructura’ a título de servidumbre; hace figurar como pago lo que llama compensación o responsabilidad social voluntaria; no establece distinción entre pago por el uso de la tierra, pago por compensaciones ambientales, pago por participación y gastos filantrópicos; la comunidad no tiene información sobre los bonos de carbón, ni sobre cuánto se recibe, ni cuál es el reparto o en razón de qué; no hace ninguna cuantificación de obligaciones anuales o periódicas con los dueños del territorio y las comunidades vecinas a los parques que tienen impactos; no valora los impactos culturales y a la vida en relación; se limita a enunciar unos compromisos de gastos en temas sociales o de suministro de agua sin ninguna cuantificación; asume que la comunidad es incapaz de manejar dinero o cuentas y se reserva el control de pagos o gastos en especie y por proyecto; no establece ninguna relación con autoridades Wayúu en el conjunto del resguardo; no establece delimitación de





La transición energética

20



Dieciocho años más tarde, en el 2022, entró en operación lo que, en su momento, era el parque eólico más grande de Colombia: el Guajira 1. Ya se habían adjudicado a diferentes empresas multinacionales la realización de los siguientes 16 parques eólicos y dos proyectos de transmisión energética, que serán terminados para el 2024. Se tienen previstos 65 parques adicionales para el 2031 que pondrán 2.500 aerogeneradores en el territorio wayuu. Inevitablemente, estos nuevos parques tendrán un impacto negativo en las rancherías vecinas, pues, a pesar de las condiciones semidesérticas de la península, son pocos los lugares deshabitados y estos coinciden con salineras y áreas inundables (Ramírez, 2017). Además del impacto visual en el paisaje —un valioso recurso natural con valores culturales, estéticos y educativos—, los aerogeneradores afectarán las aves migratorias, incluyendo los flamencos,⁶ y tendrán una huella acústica que afectará las rancherías vecinas. No obstante, un efecto inmediato de las primeras consultas ha sido la reactivación de viejas “disputas territoriales y familiares” que dividen aún más al pueblo wayuu” (Martínez, 2021). Y es que, en simultánea, a fines del 2021 se estaban adelantando apresuradamente 750 consultas previas en La Guajira. La premura para ampliar la generación eléctrica y, sobre todo, para satisfacer a los inversionistas extranjeros, obviará los logros de una negociación y un manejo participativo en el que los wayuu sean socios y tengan un porcentaje de participación en las ganancias del parque, lo mismo que inversiones en salud, educación, seguridad social y laboral para los wayuu, por no mencionar proyectos productivos que le ofrezcan un futuro mejor a la población local.

Las precipitadas iniciativas del gobierno nacional en “transición energética” identificadas en su Plan de Desarrollo 2018-2022, “Pacto por Colombia, pacto por la equidad”, se estaban llevando a cabo previendo la oposición de las comunidades wayuu afectadas, pues los arreglos logrados claramente violaban el derecho constitucional a la consulta previa y al carácter intransferible e inembargable de los resguardos indígenas.

Alberto Rivera Gutiérrez

responsabilidades frente a las alcaldías y confunde entrega voluntaria de obras con beneficios del proyecto sustituyendo al Estado en obligaciones sociales y con los derechos étnicos. Incluye una cláusula innombrable e irrepetible que establece que la cesión de territorio es a término indefinido. Entre otras” (González y Barney, 2019, p. 29).

6 Hay al menos 33 especies de aves migratorias en la península. Los flamencos emblemáticos de sus costas se encuentran en estado de amenaza vulnerable (Morales, 2006, p. 27).





En este sentido, el gobernador de La Guajira, en diciembre de 2021, solicitó “un batallón militar especializado para proteger las inversiones de las empresas generadoras de energía eólica”, [lo que] le[s] da una dimensión de conflicto y criminalización a los procesos de consultas previas” (Martínez, 2021).

Sin embargo, en el Consejo Nacional de Políticas Económicas y Sociales, el gobierno nacional dictó su política de transición energética mediante documento Conpes 4075 de 29 de marzo de 2022, argumentando que Colombia aún enfrentaba retos para lograr una transición energética eficiente y justa y que el “objetivo general de la política es consolidar el proceso de transición energética [...] que fomenten el crecimiento económico, energético, tecnológico, ambiental y social del país” (DNP, 2022, p. 3). Sin embargo, los objetivos específicos de esta política no mencionaban la dimensión social por ninguna parte, aunque con frecuencia en el documento se menciona que lo que pretendía la política de transición energética era “un crecimiento sostenible, eficiente, tecnológico, ambiental, y social” (p. 12). El documento claramente proponía que había que “atraer inversión nacional y extranjera” que contribuyera al “desarrollo económico y social de las regiones productoras del país” (p. 50). A la vez, reconocía carecer “de espacios formales de socialización, divulgación, e intercambio de saberes y posturas, que permitan a las comunidades y demás actores definir un criterio propio sobre la transición energética y débil entendimiento y respeto por parte de los promotores de proyectos de transición energética de los entornos y culturas en los territorios del país” (p. 52).

Para subsanar esta situación, el gobierno recomendaba al “diseñar, socializar e implementar lineamientos sociales para fomentar el diálogo, el desarrollo territorial, la promoción de las economías locales, la inclusión del enfoque de género, derechos humanos y diferencial étnico; y la comunicación y apropiación del conocimiento en transición energética” (p. 83). Y concluía que, para este fin, se tendrían “en cuenta diversos factores para diseñar la política pública alineada con la transición energética, con ejes fundamentales como [...] el diálogo social para involucrar y proteger a las comunidades” (p. 94). El documento proyectaba un aumento del 16 % en la capacidad instalada de generación eléctrica solar y eólica entre enero de 2022 y diciembre de 2023 (p. 97), coincidente con las afanadas consultas previas de finales de 2021 y comienzos de 2022.

No obstante, las políticas y estrategias consignadas en el documento no respondían al compromiso con el bienestar de las comunidades y, en cambio, llamaba “a países como Colombia y los de Latinoamérica a



sacrificar a sus pueblos en una nueva ola de neoliberalismo seudoverde” (Posso, 2022). Esta transformación de la matriz energética conllevaba la apropiación efectiva del territorio wayuu por parte de los parques eólicos. La política de transición energética en el caso de La Guajira suponía la explotación del potencial eólico, del gas y del petróleo que se encuentran en el territorio ancestral, ignorando que el resguardo indígena es propiedad colectiva de una comunidad étnica originaria y está protegido por el gobierno colombiano, como lo demandan los artículos 63 y 329 de la Constitución Política, en la cual se destaca que los resguardos son intrasferibles e inembargables.

Entre los objetivos específicos de la política de transición energética se incluía el “definir y llevar a cabo acciones, lineamientos, e instrumentos, orientados al desarrollo y crecimiento económico a partir de las oportunidades que ofrece la transición energética para diversificar las actividades económicas del sector energético y generar nuevos ingresos, modelos de negocio, y bienestar” (DNP, 2022, p. 60). Era evidente que el modelo de negocio propuesto contemplaba generar nuevos ingresos y bienestar... para las empresas, mientras que el modelo de negocio que se debe implementar en el territorio wayuu es el de una sociedad entre las comunidades wayuu y los parques eólicos, de manera que se compartan equitativamente los beneficios de los parques.

En este sentido, es vital que los wayuu conozcan las opciones que tienen para negociar con los parques eólicos siguiendo modelos de negocio de norma en otros países donde los propietarios de la tierra se asocian con los parques eólicos para compartir los beneficios de los parques. Los términos de referencia para estos socios deben ser explícitos y claros en la consulta previa y en todos los acuerdos que se tengan para uso del territorio wayuu. Esta debe ser la exigencia única del frente unido wayuu: que los wayuu sean socios de los parques eólicos.

El efecto de las réplicas

La historia permite entender de qué manera la acefalia política, la estructura de poder propia de los wayuu centrada en matrilineajes localizados, fue un rasgo clave para evadir el control de las autoridades españolas durante la Colonia. No hubo un Moctezuma ni un Atahualpa a quien pudieran capturar y con eso detener los ataques a las tropas españolas. Sin embargo, hoy ese rasgo es aprovechado por empresas y agentes del gobierno para llegar a acuerdos variopintos con comunidades desinformadas que no tienen acompañamiento para evaluar debidamente los



estudios de impacto ambiental de los parques eólicos sobre su territorio, su paisaje, sus aves o la huella acústica en las personas. Vale la pena resaltar la importancia de un acompañamiento apropiado para las comunidades a las que les están haciendo consultas, pues la información que se les brinda debe ser analizada imparcialmente por personas calificadas. Este es el caso de los estudios de impacto ambiental de los parques eólicos.⁷

La inminente nueva penetración de forasteros en el territorio ancestral tiene otros frentes. Por el lado del turismo, algunas organizaciones o grupos de lugareños se oponen a la construcción de grandes hoteles en el lugar sagrado de Jepira, en el cabo de la Vela. Tienen claro que pasarán de regentar sus posadas wayuu y de definir en qué términos pueden llegar los visitantes a sus posadas y sus territorios a ser empleados lavando ropa, sirviendo mesas o, en el mejor de los casos, atendiendo en la recepción de un hotel de cadena internacional. Sin embargo, si lo que está sucediendo con los parques eólicos es un pronóstico del futuro, será cuestión de tiempo para que grandes empresas hoteleras lleguen a “acuerdos heterogéneos” con comunidades costeras. Entonces habrá grandes inversiones en operaciones hoteleras de enclave con grandes plantas desalinizadoras para surtir decenas de habitaciones, restaurantes, piscinas, prados verdes y hasta campos de golf en medio del desierto, pero no habrá agua para las comunidades vecinas.

Respuestas wayuu

Los wayuu en su territorio ancestral y por fuera de él —principalmente en Venezuela— se han organizado para responder a estas nuevas circunstancias. En Venezuela, es particularmente visible la presencia wayuu en los espacios públicos. Atala Uriana, licenciada en Letras y magíster en Literatura, es presidente del Movimiento de los Pueblos Indígenas de Venezuela (Mopive) y exministra del Medio Ambiente en su país. Hay diputados wayuu, como Arcadio Montiel, representante de los indígenas

7 En “Los impactos ambientales de la implementación de las energías eólica y solar en el Caribe Colombiano” (Pascualino *et al.*, 2015) no se identifican impactos socioeconómicos negativos, pero sí se señalan como impactos positivos: “la generación de empleo, la disponibilidad de energía en zonas no-interconectadas, la generación de nuevo conocimiento, entre otros”. Ciertamente, la disponibilidad de energía en zonas que no la tienen es positiva. Sin embargo, los otros impactos positivos deben ser calificados: una cuadrilla de dos trabajadores mantiene 20-30 aerogeneradores, o sea que, si se construyen 25.000, bastarían 125 trabajadores (Wind Energy - The Facts, s.f.). Lo de generación de nuevo conocimiento es, por demás, vago y no señala mayor beneficio para los wayuu.



de occidente en el Parlamento venezolano e integrante de la Comisión Permanente de Pueblos Indígenas. El recientemente fallecido Salvador Montiel fue el primer antropólogo indígena de Venezuela, diputado del Congreso Nacional, director de Cultura de la Universidad del Zulia (LUZ), presidente del Observatorio Wayuu Colombo-venezolano y miembro fundador del Consejo Mundial de la Organización de las Naciones Unidas (ONU) para los Pueblos Indígenas. La doctora Noly Fernández, sanitarista y epidemióloga y exdirectora del Hospital Universitario de Maracaibo, en donde introdujo prácticas útiles de medicina intercultural.⁸ Esta esperanzadora experiencia intercultural de enriquecimiento de prácticas de salud desafortunadamente ha sido golpeada por la crisis político-económica de Venezuela y hoy el servicio de salud de Venezuela está prácticamente desahuciado.⁹

- 8 Entre ellas, el parto vertical, que es como paren las mujeres wayuu, o el uso de hamacas para recién nacidos, hamacas estas que mantienen la postura fetal que tuvieron en el vientre de la madre. Además, el personal médico contó con un diccionario de bolsillo español-wayuunaiki encaminado a romper las barreras lingüísticas e iniciar el diálogo con los pacientes de pueblos originarios. Esto mismo se busca con “el herbolario con plantas medicinales, los facilitadores interculturales, la incorporación de los alimentos tradicionales al menú hospitalario como la chicha (*uujo*), la mazamorra (*a'yajaaushi*) y el 3^{er} curso del idioma Wayuunaiki, dirigido a los médicos” (Sánchez, 2014). Esta esperanzadora experiencia intercultural de enriquecimiento de prácticas de salud desafortunadamente ha sido golpeada por la crisis político-económica de Venezuela y hoy el servicio de salud de Venezuela está prácticamente desahuciado.
- 9 Es importante mencionar que el hospital indígena de Nazareth, en la alta Guajira, fue precursor de importantes experiencias ligadas a las prácticas interculturales de salud que, entre otras cosas, sirvió de referente para lo que posteriormente logró el Hospital Universitario de Maracaibo en este campo. Desde el comienzo en 1972, la atención de salud se hizo en wayuunaiki, pues eran contados los pacientes que hablaban español. Eventualmente, el centro de salud pasó a ser un hospital con “penetraciones” semanales a las comunidades con médicos, odontólogos, bacteriólogas y enfermeras y cubrió un territorio de cerca de 5.000 km². Para mediados de los años noventa, su red de promotores había erradicado la tuberculosis y se “identificaron 700 niños con desnutrición a los que el equipo de salud del hospital les hacía visitas periódicas para pesarlos, medirlos y brindarles comida. ‘En los tres años que duró el programa, lograron la mejoría del 95% de los wayuu que estaban desnutridos’”. Con el aporte de la comunidad se construyó una rancharía wayuu en los predios del hospital con tres salas de hospitalización, una de recuperación y una cocina. Allí el 99% de los partos fueron atendidos por mujeres wayuu con su experiencia y sus prácticas culturales. Los pacientes que querían recibieron el tratamiento de una *outsü* (médica wayuu). Los parientes del paciente podían colgar sus hamacas a su lado, tejer chinchorros, cocinar e inclusive trabajar en el huerto. Sin embargo, la Ley 100 y los paramilitares acabaron con este prometedor modelo de salud. Ver Cano y Arbeláez (2019).



Sin embargo, en Colombia la presencia wayuu en el gobierno es prácticamente inexistente. Hay importantes antecedentes de organizaciones wayuu, como la Organización Indígena de La Guajira Yanama, activa desde los años ochenta, que ha promovido la educación intercultural bilingüe y ha incidido en las políticas e implementación de programas educativos en el departamento. En los últimos años, han proliferado las organizaciones que reivindican los derechos de los wayuu frente al Estado y en oposición a este, como es el caso de las organizaciones de mujeres en La Guajira, en particular la organización Wayuumunsurat (Mujeres Tejiendo Paz) o la alianza organizativa Sutsüin Jieyuu Wayuu (Fuerza de Mujeres Wayuu) que surgen entre mujeres que sufrieron en carne propia los ataques de los grupos paramilitares en bahía Portete, apoyaron la documentación de las masacres y continúan organizando la defensa de sus territorios.¹⁰

Más recientemente y con especial vehemencia, se han conformado grupos que responden a la crisis del covid-19 y tienen conciencia de las nuevas amenazas a las comunidades wayuu en la península, principalmente del hambre y la desnutrición en la península, que, en particular, afecta a la niñez. Este es el caso de la Asociación Wayuu Arauray, que reúne al menos otras cincuenta asociaciones indígenas. Y como esta hay muchas otras que surgen para representar formalmente a las cabezas visibles de los matrilineajes en la península. Más recientemente, a nivel nacional, el Movimiento Alternativo Indígena y Social (MAIS), en diciembre de 2021 eligió precandidata presidencial a Aurelis Uriana, una líder wayuu. Grupos virtuales en el chat de WhatsApp –como Fortalecimiento Wayuupnud, con casi cien miembros– incluyen wayuu profesionales, líderes de organizaciones de base, palabreros, autoridades tradicionales y otros, y le dan un nuevo giro a la conversación, al modelar nuevas formas de incidencia a nivel local y nacional. Otras agrupaciones más convencionales con membresía tradicional, como la Junta Mayor Autónoma de Pütchipü'ü, buscan la unidad de propósito, de objetivos y de acciones para defender su territorio y su identidad cultural. La participación en

¹⁰ La abogada wayuu Débora Barros cuestionó en 2008 la extradición de Rodrigo Torvar, alias “Jorge 40”, el jefe paramilitar responsable de la masacre de bahía Portete, arguyendo que un crimen contra la humanidad es más importante que el trasiego de drogas y que primero se lo debería juzgar en Colombia por las masacres en La Guajira, tema que ha retomado con el regreso de Jorge 40 a Colombia en septiembre de 2021 para enfrentar la Jurisdicción Especial para la Paz. La abogada Barros también activamente cuestiona las licencias que otorga el gobierno a trasnacionales como la Chevron, sin el debido proceso de consulta previa con los pueblos originarios, como lo establece la Constitución de 1991.